

Discursos pronunciados con motivo  
de la Reunión de la Unión de Uni-  
versidades de América Latina en  
Bogotá ( Colombia ) durante la  
semana 8 al 15 de Diciembre/63



*UNIVERSIDAD DE CONCEPCION*  
CHILE

FUNCION SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD.

Mucho se ha escrito y dicho sobre lo que debe ser la Universidad y el papel que debe desempeñar en la sociedad actual. De ello, fácil es colegir que la Universidad es básica y primordialmente una institución de enseñanza; más precisamente, una institución de enseñanza superior destinada a preparar a los profesionales, letrados o científicos de alto nivel que el país necesita.

Como consecuencia, o como complemento de esta función docente, la Universidad debe investigar, esto es, perfeccionar o profundizar el conocimiento de lo que enseña, y luego, difundirlo, para que llegue a quienes puedan aprovecharlo. A nuestro parecer, sólo cuando la Universidad cumple estos tres aspectos de su función, puede decirse que ha llegado a cierto grado de madurez. Y sólo entonces, es decir, cuando cumple en forma satisfactoria sus funciones de formar profesionales, científicos y técnicos de alto nivel, de investigación, y de ser un centro de cultura, puede pretender, además, desempeñar otras labores.

Las Universidades comenzaron siendo asociaciones libres de estudiosos, de maestros y alumnos, guiados por el deseo de enseñar y de aprender, y gradualmente han ido evolucionando hasta transformarse en lo que hoy son. Si echamos una mirada al mundo, sin embargo, la función que



Las Universidades desempeñan no es siempre la misma: mientras en Europa mantienen su carácter tradicional de asociaciones de maestros y alumnos y miran al mundo exterior como fenómeno, objeto de estudio más que campo de actividad, las Universidades de nuestra América parecen tender a participar de la vida y a asumir papeles en actividades que tradicionalmente les han sido ajenas.

No es pertinente buscar la explicación de este fenómeno, lo que importa, a nuestro entender, es investigar si esta tendencia es útil a la Universidad, o si por el contrario ella la distrae de sus objetivos primordiales.

Es indudable que una Universidad tiene que vivir, como diría Ortega, en su circunstancia; esto es, vivir, sentir, interpretar y ayudar a su ambiente, pero ello debe hacerse sin perder la idea de perfección, esto es, haciéndolo con sentido y en nivel universitario.

En nuestra América, se tiende a atribuir a las Universidades funciones más amplias, relacionadas con la vida misma de la sociedad y a exigirle una activa participación no sólo en el estudio, sino también en la solución de los problemas. Se llega hasta atribuirles funciones ejecutivas responsables.

En materia de educación, por ejemplo, se le suele entregar un papel rector en toda la educación del país,



se le pide que participe en la campaña de alfabetización; se le suele asignar algún rol en la capacitación de mano de obra, en la preparación de técnicos, o en la enseñanza de algunos oficios o de las Bellas Artes, etc.

No es el momento de comentar todos estos aspectos. Probablemente, la enseñanza de las Bellas Artes en su nivel superior, paralelo al de las otras disciplinas universitarias, sea una labor de la Universidad; pero el asunto resulta bastante dudoso si esta enseñanza incluye las primeras notas o la niñez.

Es indudable que la Universidad hoy día no puede vivir divorciada del resto de la enseñanza. Tiene que preocuparse por lo tanto de ella y debiera tener en todas partes la oportunidad de hacer presente su opinión, cuando lo crea útil, ante las esferas responsables; pero de ahí a transformar este derecho en una obligación o en una tuición, hay una distancia que, a nuestro parecer, no debe franquearse.

Cada nivel y aspecto de la enseñanza tiene características que le son propias y enfoques particulares. No es válido en materia de enseñanza aquello de que "el que puede lo más puede lo menos", porque no hay más ni menos, sino funciones específicas; por parientes que sean unas y otras, la enseñanza técnica, la enseñanza de las profesiones intermedias o la alfabetización, requieren enfoques e instrumentos que no siempre la Universidad posee.



UNIVERSIDAD DE CONCEPCION  
CHILE

4.

Estando la Universidad tan atareada como está por la enseñanza de alto nivel, de nivel universitario post-bachillerato, no resulta conveniente, a nuestro parecer, encargarle otras funciones para las cuales no tiene ni la preparación ni los medios.

Cosa parecida sucede con la investigación. Es imposible trazar una línea divisoria exacta entre lo que es propio y lo que es ajeno a la Universidad en materia de investigación científica. Tal vez el asunto se entienda mejor, aunque no con mayor precisión, si decimos que a la Universidad, teóricamente, le corresponde la investigación científica y a otros institutos o a las empresas la investigación aplicada. Sin embargo, como nuestra Universidad vive en su medio y ayudándolo, si este medio lucha por conocer sus posibilidades y para planificar su desarrollo, justo es que ponga sus conocimientos al servicio de tan altos fines, en la medida que ella no se perjudique y no haya quién pueda hacerlo.

Pero este nuevo encargo no puede cumplirse sin condiciones: no puede cumplirse si no se le proporcionan a la Universidad los medios para realizarlo sin desmedro de sus demás funciones; si él compromete, por su magnitud, su propia capacidad y, por último, si no viene de autoridad responsable, es decir, del Estado, y no responde a un fin claro y a un plan de desarrollo y beneficio social. No es ésta en consecuencia, a mi parecer, una labor propia, innata de la Universidad, sino una labor de cooperación.



UNIVERSIDAD DE CONCEPCION  
CHILE

5.

En algunas partes se pretende que la Universidad haga investigación aplicada, es decir, que haga lo que en otras partes realizan las industrias; no creemos que ello sea aceptable como principio, aún cuando puede hacerlo como servicio en ciertos y determinados casos, o como medio para señalar a la industria las ventajas que pueden derivar de la investigación y la conveniencia de que aborde el asunto.

Pero, indudablemente, es en el campo de la promoción y difusión cultural en el que se piden a la Universidad más iniciativas y actividades extramurales, en nuestra América. Se le atribuye la propiedad de la palabra mágica "cultura" y se le pide que la pase a todos y cada uno, en una cruzada permanente y total; que abarque desde los grupos realmente cultivados hasta los sindicatos; desde la capital letrada hasta el villorrio campesino; desde las ciencias exactas hasta las bellas artes y el folklore o las artesanías nativas. Que todo lo difunda, lo enseñe, lo cultive, lo muestre, lo propague, activa e infatigablemente, de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, de barrio en barrio.

Pocos Rectores sudamericanos escapan a la permanente demanda de cursos, escuelas, embajadas culturales, etc., de diferentes partes del territorio. Es un bello afán y son ansias nobles de cultura, pero constituyen un compromiso -un deber, para algunos- que la Universidad exigida por tantas tareas, no siempre es-



**UNIVERSIDAD DE CONCEPCION**  
**CHILE**

6.

tá en condiciones de cumplir o que, simplemente, no está en su esfera de actividades.

La actividad cultural extra muros de la Universidad es, indudablemente, una de sus tareas. Los universitarios deben salir de su torre y decir al público no universitario que tiene capacidad para escucharlos -o que desee escucharlos- lo que saben, las verdades y los conocimientos que están desentrañando. Tienen la obligación de llevarles, incluso, sus dudas y tratar de satisfacer las suyas, y de ponerse en contacto con su ambiente, con la calle, y entablar en lo posible un diálogo que puede ser útil para ambas partes. Seguramente son utilísimas, por ejemplo, las Escuelas de Temporada o Embajadas Culturales que las universidades chilenas hacen para llevar un poco de Universidad a los centros de importancia que viven alejados de la vida académica. Dudo, en cambio, que sea igualmente aceptable que deba tener teatro, orquesta, ballet, museos de arte y otras actividades de este orden, que salen de la órbita de sus preocupaciones usuales que son las Letras y las Ciencias y que, seguramente, estarían mejor en otra institución más adecuada a su idiosincracia.

En razón del medio en que vive, nuestra Universidad Sudamericana debe reconocer una función social más amplia y variada que la de países más desarrollados,



**UNIVERSIDAD DE CONCEPCION**  
**CHILE**

7.

más institucionalizados y más organizados. No sucedería así, si nuestra educación estuviera mejor planeada y hubiera colegios y escuelas en cantidad y variedad para satisfacer las necesidades del país. Tampoco, si se hubiesen formado oportunamente los científicos que reclaman las necesidades del país; instituciones de investigación para estudiar los recursos; industria progresista que reconozca el valor de la investigación aplicada y lo que cuesta quedar a la zaga en este campo. Y tampoco, si en el terreno del arte y de la cultura hubiera organismos que atendieran aspectos especiales o parciales.

Pero el que existan necesidades insatisfechas o huérfanas de un organismo responsable adecuado, no justifica, a nuestro entender, que, porque la Universidad es una institución letrada, de enseñanza, de investigación y de cultura, se le atribuya todo lo que se pretende encargarle, so capa de una acción social que cada día va siendo más grande y que amenaza con debilitar la que le es propia, succionando sus medios, distrayendo a sus catedráticos, complicando la maquinaria administrativa y diversificando las preocupaciones de las esferas directivas.

La universidad moderna, cualquiera que sea el estado de desarrollo cultural o económico de la región o país que sirve, repetimos una vez más, no puede vivir aislada y dando la espalda a la sociedad y



**UNIVERSIDAD DE CONCEPCION**  
**CHILE**

8.

a sus problemas, Debe sentirlos, vivirlos, estudiarlos, y aún, dar las directivas para su solución, si tiene la oportunidad; pero debe mantenerse siempre Universidad; no esforzarse en ser, además, otra cosa para la cual no tiene medios ni condiciones. Junto a ella, y en otros niveles, deben haber instituciones de enseñanza, de investigación, de difusión y promoción cultural o artística, etc. que completen su misión. Sólo así podrá conservar su prestancia y realizar, libre de preocupaciones ajenas, su alta misión de centro y cima de la docencia, la investigación y la cultura, en el sentido más amplio y universal.

Creo que hace más por su ambiente una universidad que cumple y perfecciona su tarea genuina y señala a la autoridad política o administrativa los defectos o los vacíos educacionales o culturales o científicos de su medio, que aquélla que, sin haber alcanzado aún su definición, distrae sus esfuerzos en atenderlos ella misma, olvidándose que no le corresponden, que no logrará hacerlo bien y que contentarlo, sólo fomenta la desidia y la irresponsabilidad de los que deben atenderlos.

Nuestra función social es enseñar, esto es, no sólo formar profesionales, como ha sido la norma de las universidades latinoamericanas, desgraciadamente, sino formar, básicamente, hombres cultos, hombres



que cultiven todas las disciplinas del conocimiento en profundidad y en nivel que les permita entender y atender problemas y necesidades de su medio. Es investigar y hacer progresar el conocimiento, no sólo en sentido general y abstracto, sino proyectándolo a su propio medio, a la comprensión de los fenómenos sociales, políticos, económicos y de desarrollo de su comunidad, para que de este conocimiento puedan derivar las soluciones, el progreso y el bienestar de los pueblos. Es conservar los valores culturales de todos los tiempos y difundirlos en la sociedad, a través de sus egresados, a través de sus organismos de difusión cultural, a través de la irradiación que de ella debe manar, naturalmente, hacia el ambiente que la rodea, que la observa, que la admira y que la copia.

La función de la universidad es, esencialmente, servir al país y a la juventud. Al país: formando los profesionales, los investigadores, los tecnólogos que necesita para su desarrollo y conocimiento; investigando sus problemas; aportando cultura, conocimientos, ideas, soluciones. A la juventud, dándole oportunidades para cultivarse, para perfeccionarse, para disciplinarse y para aprender una ciencia o una profesión que le permita servir mejor y contribuir al progreso de su mundo.



Pero la argumentación anterior quedaría incompleta si no aborda<sup>2ª</sup>, para terminar, dos aspectos que me parecen como el telón de fondo de la problemática educacional de nuestra América.

¿Qué es y qué logra ser la Universidad en un medio semi analfabeto?

¿Cuál es o debe ser el "motivo docente" de nuestras Universidades?

Una Universidad, vive precariamente, en un mundo semi analfabeto; probablemente, no sobrepasará la etapa de escuela profesional; no podrá cultivar las ciencias ni crear un medio culto y estimulante. Como centro educacional será el privilegio de unos pocos que por condiciones ajenas a su capacidad intelectual o a su interés, pueden llegar a ella; será un camino ~~para~~ trepar, para ganar posiciones sociales o influencias políticas; será un factor, no de democratización social, sino de segregación social, porque ahondará las diferencias entre los que pueden darse el lujo de estudiar; ~~entre~~ <sup>y</sup> los que ~~aprendieron~~ <sup>aprendieron</sup> y tuvieron que conformarse con una educación incompleta y mediocre; entre los semi cultos y los positivamente incultos. Y así, insensiblemente, por el camino de las mejores intenciones, una Universidad



*UNIVERSIDAD DE CONCEPCION*  
CHILE

11.

que es un oasis en un desierto educacional, ahonda los males sociales en vez de combatirlos; en vez de ser un factor de democracia, es un factor de antidemocracia.

Por eso es que los universitarios conscientes de los males de nuestro medio, tenemos que mirar con preocupación todo lo que tienda a aumentar la distancia entre la Universidad y el resto de la educación del país; sea porque ésta quede rezagada, sea porque aquélla recibe -aunque escasos- más medios, relativamente.

La estabilidad de un país y la perfección de su democracia guardan relación estrecha con sus desigualdades educacionales. El equilibrio será precario cuando el 85% o más de la población no ha superado los últimos grados de la enseñanza elemental o es analfabeta y a mucha distancia, en el otro extremo, sólo una fracción de un 1% logra un título profesional, escudo de nobleza que le permite ingresar al escaso círculo de los dirigentes.

En educación sucede como en economía: el progreso se mide, no por lo que tienen los que ganan mucho sino por la diferencia entre los que ganan mucho y los que ganan poco, y por el número de los que ganan menos. En materia educacional estamos en muchas partes del mundo en el más acabado subdesarrollo. Valdría la pena estudiar el grado de in -



**UNIVERSIDAD DE CONCEPCION**  
**CHILE**

12.

fluencia que nuestra sub-educación ha tenido sobre nuestro subdesarrollo.

Hace 50 años, la existencia de una Universidad en un país era un asunto de prestigio. Aunque los profesionales que en ella se formaban resultaban malos o caros, "había" que tener Universidad.

La Universidad se justificaba por el solo hecho de su existencia, no porque respondiera a la satisfacción de una real necesidad social. Produjeron más y más profesionales de aquellos que deseaba su clientela; pero no se preocuparon -ni se preocupan todavía- de producir aquéllos que necesita el país. Nuestras Universidades crecieron pero no evolucionaron ni institucional ni socialmente.

No han sabido encontrar su motivación docente y social, reconocer sus deberes y sus responsabilidades. Parapetadas en su autonomía, temerosas de <sup>mas</sup> intromisiones que no han logrado siempre evitar, han dado la espalda a un imperativo social que era su legítima razón de ser, y en vez de ir a la avanzada han quedado a la zaga, incapaces de acomodarse a las nuevas necesidades, así como no tuvieron visión para suponerlas.

Ensimismadas en una tradición que hizo su época y engañadas por pseudo-peculiaridades o por



modalidades propias sudamericanas inexistentes en el terreno educacional, nuestras Universidades, no han sido capaces de ver en las extranjeras, sino ciertas exterioridades, no la esencia ni las intenciones docentes. Enfrentadas a una realidad social de caracteres propios, no indagaron el problema educacional o social, no sintieron su deber rector en sus aspectos trascendentes y han creído cumplir realizando una labor "social" superficial, sintomática.

Necesario es dar cultura al pueblo, indudablemente, pero antes es necesario educarlo para que aprecie la cultura, y antes aún, enseñarlo para que goce, como ciudadano consciente de las oportunidades y medios que la vida le ofrece para ser mejor, para producir bienestar y para ser útil a su comunidad.

Aquello de que " la Universidad debe llegar al pueblo ", que se oye tan a menudo, cuando se discurre sobre la labor social de la Universidad, suena, si se mira en la perspectiva de nuestra realidad, como un sarcasmo. Es el "panem et circensis" de los romanos, pero sin el panem. Pienso que lo inverso sería más fecundo y útil socialmente : "que el pueblo llegue a la Universidad" por el camino de la educación.

Y que la Universidad no pierda su prestancia y



reivindique su derecho a que se le deje cumplir sus obligaciones ineludibles: conocer la sociedad y servirle, en sus necesidades presentes y futuras, preparando a los hombres cultos, a los investigadores, a los científicos y a los profesionales que necesita y necesitará. Como ha dicho con valentía Félix Martínez B., Rector actualmente de la Universidad Austral de Chile: " Al acoger en su seno actividades ajenas a su empresa específica, y al perderse el patrón que escinde lo universitario de lo que no lo es, la Universidad ha deshecho la frontera que debe separarla de la vida corriente y de las demás instituciones; ha sido penetrada y saturada por la mentalidad general, se ha alienado en el ambiente". Y más adelante: " En este gesto higiénico (de volver por su deber pristino) ha de ser (la Universidad) necesariamente impopular y debe preferir el respeto a la simpatía" (Anales de la Universidad de Chile, tercer trimestre de 1960. "La misión Humanística y Social de nuestra Universidad").

Respeto; sí; el respeto que inspira una labor responsable, útil, señera, que no es traicionada por actitudes populacheras o por slogans sin mayor contenido. Respeto que inspirará siempre, si sabe ser Universidad y vive a la altura de su tarea, de su tarea de educar que es, al fin de cuentas, su función social.

## PROBLEMAS QUE PLANTEA EL INGRESO A LA UNIVERSIDAD.

Es evidente que las Universidades del mundo entero tienen problemas con el número, la calidad, la preparación y la orientación de los jóvenes que a ellas concurren. Es evidente, también, que muy pocas logran satisfacer las necesidades de su país o de su región, en materia de profesionales, técnicos o científicos.

La forma como las Universidades resuelven o abordan estos problemas, varía según la tradición, la filosofía o el criterio educacional imperante, y la organización y facilidades educacionales del país.

Algunas Universidades parecen no considerar como problema el número creciente de estudiantes, y aceptan el número que lo solicitan. Creen que el procedimiento es más democrático y que, aún cuando el nivel de la enseñanza pudiera sufrir y la mortalidad académica ser considerable, los que sobreviven son probablemente buenos; en cuanto al resto, se considera que deben conformarse porque se les dió una oportunidad, y en cuanto al año perdido, es el pago de esta oportunidad.

Otras Universidades limitan su matrícula, seleccionan a los alumnos y cierran las puertas al exceso. Sostienen que el número de los que fracasan es considerablemente menor, que se evita un año a muchos que no habrían tenido éxito, que la selección si se hace

bien es generalmente justa y que la enseñanza es mucho más eficaz, y por lo tanto, los alumnos resultan mejor preparados. En cuanto a los alumnos que no pudieron ingresar, piensan que es problema del Estado o de la comunidad, que debe crear nuevos establecimientos y oportunidades educacionales para atenderlos.

También es variada la actitud de las Universidades frente a la deficiente preparación que traen los estudiantes desde el ciclo secundario. Este es un problema universal, porque en ninguna parte se ha logrado un ajuste perfecto entre los diferentes niveles de enseñanza, especialmente, si la secundaria procura idéntica preparación a quienes van a estudios científicos, a Letras, a carreras técnicas o hacia cualquier otro tipo de actividades. Las maneras como las Universidades solucionan este problema son dos: 1) creando cursos pre-universitarios o propedéuticos y 2) alargando los estudios e incorporando en los currículos los ramos que el alumno conoció deficientemente en las humanidades.

Ocioso es destacar, que estas soluciones sólo tienden a mejorar el conocimiento práctico de disciplinas básicas para los estudios profesionales.

En muchos países (Francia, Inglaterra, etc.), se hacen positivos esfuerzos para diversificar la ense-

ñanza secundaria, de manera que los alumnos que se encaminan hacia la Universidad, sean aquéllos que demuestren más capacidad y vocación y adquieran una preparación adecuada para ello (Grammar School, Humanités Classiques et Modernes). Pero aún en estos países la necesidad de un curso intermedio es indispensable para llenar ciertos vacíos.

Pero en la deficiente preparación de nuestros estudiantes hay otro aspecto que tiene considerable importancia: me refiero a la inmadurez de nuestros bachilleres, a su falta de hábitos y métodos de estudio, a su actitud pasiva, a su falta de disciplina, de sentido de responsabilidad frente a los estudios, de curiosidad. Estas son virtudes que se inculcan a través de años de formación y cuya falta no es recuperable en un año adicional más o menos apresurado. A nuestro parecer, estos defectos tienen mayor importancia que los relativos al desconocimiento de ciertos ramos específicos. Los alumnos mejor dotados logran recuperarse aparentemente y salvan los escollos; pero un gran porcentaje no se recuperará jamás y, aún cuando logren paliar sus dificultades y sobrevivir, siempre seguirán llevando la tara de su mala formación general. Esto explica la alta mortalidad académica de nuestros primeros años universitarios y, también, que nuestros profesionales nunca

descuellan por su inquietud creadora, por su curiosidad científica o por su actitud sostenidamente progresista.

La mala orientación profesional con que llegan los estudiantes a la Universidad, es la resultante, en primer lugar, de la falta de un criterio selectivo distributivo en las humanidades; si lo hubiera, se evitaría -como se está procurando hacer en otros países- que jóvenes sin capacidad y sin aptitudes lleguen a la Universidad; en segundo lugar, de la falta de consejería u orientación estudiantil; en tercer lugar, de la inmadurez del alumno y de la influencia que sobre él ejercen, en la elección de su carrera, su ambiente, sus padres o amigos y los convencionalismos de su medio; por último, de la escasa variedad de oportunidades que le ofrece la enseñanza en general y la Universidad en particular. Si a lo largo de toda la enseñanza se ofreciera al alumno la posibilidad de orientarse hacia actividades más a su gusto o más de acuerdo con sus aptitudes o capacidad, y la enseñanza de las humanidades fuera poniendo vallas más y más difíciles para aquéllos que quieran llegar más arriba, no entrarían a la Universidad sino aquéllos cuya capacidad se presta intelectual y vocacionalmente a este tipo de estudios.

La Universidad no ofrece tampoco suficiente diversidad de oportunidades como para satisfacer los variados

intereses de la juventud. La mayoría son escuelas profesionales que cultivan las carreras tradicionales como: Leyes, Medicina, Dentística, Farmacia, etc.- El alumno debe seguir éstas, aunque ninguna corresponda a su vocación e interés. Un joven que desee ser químico debe hacerse farmacéutico; el que desee ser biólogo debe hacerse médico; el que desee ser sociólogo debe estudiar derecho; el que desee estudiar un idioma, pedagogo, etc.; de la misma manera que es inútil que quiera orientarse hacia campos como la física, las matemáticas, la antropología, la geología, la historia, etc.

El problema que crean a las Universidades las necesidades del país en materia de profesionales, científicos, investigadores y tecnólogos, no es problema que deba o pueda satisfacer la Universidad aisladamente, a menos que sea la única existente y, además, la del Estado.

Para saber las necesidades reales del país en materia de profesionales, científicos, etc., es menester conocer primero la orientación de la marcha del país y los proyectos y planes de su desarrollo. Conocidos éstos, no será difícil estimar el número y la variedad de los profesionales que van a necesitarse a 10, 15 o 20 años plazo, y calcular el crecimiento, la orientación y los cambios que deben sufrir las Universidades.

El problema que se plantea no es, sin embargo, un problema exclusiva ni primordialmente de la Universidad sino un problema del Estado moderno, íntimamente relacionado con sus iniciativas de fomento y sus planes de desarrollo; por lo tanto, debe ser él quien señale los objetivos, coordine la acción de las Universidades y proporcione los medios para alcanzarlos.

Las Universidades deben cooperar para hacer realidad estos planes, adaptando su organización a las nuevas necesidades. Es indudable que una Universidad hecha para formar abogados, médicos, dentistas o farmacéuticos, tendrá que sufrir grandes cambios si quiere formar además científicos, físicos, químicos biólogos, matemáticos, sociólogos, geólogos, economistas, agrónomos o ingenieros de diferentes niveles, orientados a la práctica o a la investigación.

La necesidad de educación superior ha hecho multiplicarse las Universidades en todas partes: La obligación de satisfacer las demandas de un mundo en desarrollo las impulsan a concertar su acción para evitar la duplicación de esfuerzos y atender mejor las necesidades del país. Esta es la razón por la cual en todas partes han nacido Asociaciones de Universidades, Consejos de Rectores y otras formas de entendimiento.

Como vemos, ninguno de los problemas analizados es

genuino de la Universidad: todos tienen su origen fuera de ella, aún cuando ella tiene que sufrirlos. Mientras no adquirieron gran volumen, las medidas que he enumerado permitieron paliarlos con mayor o menor éxito. Hoy día, desgraciadamente, este éxito está comprometido por la magnitud y la suma de los problemas, y se impone una revisión de todo el sistema educativo para producir un reajusta que arregle las cosas. Esta revisión deberá comprender, a nuestro entender, los siguientes puntos:

1.- Mejoramiento de la enseñanza secundaria con el objeto de:

a) hacerla más selectiva, de manera que sólo los alumnos mejor dotados lleguen a los estudios superiores;

b) hacerla más variada y distributiva, de manera que los alumnos que tengan otras aptitudes y capacidades, puedan orientarse hacia los campos que mejor les satisfagan;

c) crear consejerías estudiantiles en la enseñanza primaria y secundaria, para orientar, calificar y aconsejar a los alumnos;

d) mejorar los métodos docentes y aliviar los programas para que el alumno pueda aprender más;

e) dar a los estudios un carácter realmente formativo, que desarrolle su personalidad y cree en él

los hábitos y las virtudes más recomendables.

2.- Mejorar la formación y los métodos de trabajo de los profesores de segunda enseñanza.

3.- Crear en las Universidades un ciclo de estudios generales (no profesionales) destinado a mejorar la preparación personal, cultural y científica de los estudiantes, a seleccionarlos y, eventualmente, a reorientarlos para sus estudios posteriores.

4.- Reestructurar las Universidades para adaptarlas a las exigencias del mundo contemporáneo.

5.- Coordinar las actividades de las Universidades para planificar su acción, de acuerdo con las necesidades del desarrollo del país.

6.- Abrir las posibilidades de la educación en todos sus niveles, a todos los jóvenes, sin otra limitación que la derivada de su capacidad o de su vocación, mediante la creación de algún tipo de ayuda económica estudiantil.

Y debo agregar por último un séptimo y último punto:

7.- Reconocimiento efectivo, por parte del Estado, de su deber frente a la educación, y de la necesidad de proveerla de fondos suficientes para realizar el papel que la educación representa en el mundo moderno para los individuos y para los países.

Mientras las demandas educacionales no eran tan in-

tensas como hoy y la educación no era un imperativo para el avance, no sólo del individuo, sino de los pueblos, podía el Estado considerar que cumplía sus deberes proporcionando educación elemental para todos los niños, educación secundaria para un grupo escogido que lo deseara, y creando algún establecimiento de educación superior o ayudando a las Universidades privadas mediante subsidios.

La responsabilidad del Estado frente a la educación, podríamos decir, iba disminuyendo a medida que ésta subía de grado: era casi total en la enseñanza primaria y se hacía indirecta y lejana en los niveles universitarios. Se consideraba que la educación superior era un lujo de resorte individual.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente. Es un hecho que la demanda de educación se ha multiplicado y sigue creciendo. Que el interés para que el pueblo se eduque y para que un número mayor de individuos llegue a la educación superior y se capacite para contribuir con más eficacia al desarrollo y progreso del país, radica tanto o más en el Estado que en ellos mismos. Es, no sólo justo, sino también obligatorio, en consecuencia, que concurra en ayuda de las Universidades -que en todas partes del mundo tienen entradas limitadas- y asegure su cooperación a sus planes de fomento y desarrollo.

Muchos ven con alarma estas tendencias, porque suponen que ellas significan la pérdida de la autonomía universitaria. Personalmente pienso que bien poco vale la autonomía universitaria, si es un obstáculo para que la Universidad responda al imperativo que la obliga a cooperar a la solución de tan importantes problemas. Felizmente, no es este el dilema: la autonomía universitaria no es el derecho de vivir de espaldas a la realidad de su ambiente; la autonomía sólo se justifica como un fuero de las Universidades frente a las presiones demagógicas o políticas, pero no como una razón para que ellas se desentiendan de sus deberes sociales y de su colaboración al Estado. El privilegio de la autonomía no es un privilegio nato o perpetuo, sino que debe ser merecido por el buen uso que de él se haga, adaptándose a las necesidades y cambios de la sociedad. Pero es el Estado el que debe hacer posible esta adaptación y colaboración, suministrando a los institutos de educación superior los medios para realizarla y señalando las metas que se deben alcanzar.- Al fin de cuentas, cuando el Estado ayuda a las Universidades, en realidad, se ayuda a sí mismo.

## REFLEXIONES ACERCA DE LA MISION UNIVERSITARIA.

Ignacio González Ginouvés.

### I - FUNCION SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD.

Mucho se ha escrito y dicho sobre lo que debe ser la Universidad y el papel que debe desempeñar en la sociedad actual. De ello, queda claro que la Universidad es básica y primordialmente una institución de enseñanza; más precisamente, una institución de enseñanza superior destinada a preparar a los profesionales, letrados o científicos de alto nivel que el país necesita.

Como natural consecuencia, o complemento de esta función, la Universidad debe investigar, esto es, perfeccionar y profundizar el conocimiento de lo que enseña, y luego, difundirlo, para que llegue a quienes puedan aprovecharlo. Sólo cuando la Universidad cumple estos tres aspectos de su función, puede decirse que ha llegado a cierto grado de madurez; y sólo entonces, es decir, cuando cumple en forma satisfactoria sus funciones de formar profesionales, científicos y técnicos de alto nivel, de investigar y de ser un centro de cultura, puede pretender, además, desempeñar otras labores.

Las Universidades comenzaron siendo asociaciones libres de estudiosos, de maestros y alumnos, guiados por el deseo de enseñar y de aprender, y gradualmente han ido evolucionando hasta transformarse en lo que hoy son. Si

echamos una mirada al mundo, sin embargo, la función que las Universidades desempeñan no es siempre la misma: mientras en Europa mantienen su carácter tradicional de asociaciones de maestros y alumnos y miran al mundo exterior como fenómeno, objeto de estudio más que campo de actividad, las Universidades de nuestra América parecen tender a participar de la vida y a asumir deberes y responsabilidades más directos y ejecutivos.

No es oportuno buscar la explicación de este fenómeno; lo que importa, a nuestro entender, es investigar si esta tendencia es útil a la Universidad, o si por el contrario ella la distrae de sus objetivos primordiales.

Es indudable que una Universidad tiene que vivir, como diría Ortega, en su circunstancia, esto es, vivir, interpretar y ayudar a su ambiente; pero debe hacerlo sin perder la idea de perfección, esto es, con sentido y en nivel universitario.

En nuestra América, se tiende a atribuir a las universidades funciones amplias, relacionadas con la vida misma de la sociedad y a exigirles una activa participación no sólo en el estudio, sino también en la solución y manejo de los problemas.

En materia de educación, por ejemplo, se le suele entregar un papel rector en toda la educación del país, o se le pide que participe en la campaña de alfabetización, o se le asigna algún rol en la capacitación de mano de obra, o en la preparación de técnicos, o en la enseñanza de algunos

oficios o de las Bellas Artes.

Es indudable que la Universidad hoy día no puede vivir divorciada del resto de la enseñanza. Tiene que preocuparse por lo tanto de ella y debiera tener la oportunidad de hacer presente su opinión, cuando lo crea útil, ante las esferas responsables; pero de ahí a transformar este derecho en obligación o en tuición, hay una distancia que, a nuestro parecer, no debe franquearse.

Cada nivel y aspecto de la enseñanza tiene características que le son propias y enfoques particulares. No es válido en materia de enseñanza aquello de que "el que puede lo más puede lo menos", porque no hay mases ni menos, sino funciones específicas; por afines que sean unas y otras, la enseñanza elemental<sup>o</sup> técnica, la de las bellas artes o de las profesiones intermedias o la alfabetización, requieren enfoques o instrumentos que la Universidad no posee.

Estando la Universidad tan atareada como está por la enseñanza de alto nivel, post-bachillerato, no resulta conveniente, a nuestro parecer, encargarle otras funciones para las cuales no tiene ni la preparación ni los medios. En la práctica estas nuevas funciones, extrañas, no genuinas de la Universidad, quedan en ella enquistadas, como un cuerpo extraño, segregado, que jamás se integra bien en el medio y que con frecuencia crea ~~muchos~~ problemas para él y para la universidad <sup>QUE LAS VENTAJAS QUE PUEDE OFERTAR</sup> ~~muchas ventajas que pueden ser~~. Ventajas, por otra parte, derivadas sólo del afán ~~tan propio de nuestra mentalidad~~ de agregar la denomina-

ción (aunque no la calidad) de "universitario" al título. ~~que pueda obtenerse~~

Cosa parecida sucede con la investigación. Es imposible trazar una línea divisoria exacta entre lo que es propio y lo que es ajeno a la Universidad en materia de investigación científica. Tal vez el asunto se entienda mejor, aunque no con mayor precisión, si ~~decimos~~ <sup>DIFEREN-</sup> mos que a la Universidad, teóricamente, le corresponde la investigación pura y a otros institutos o a las empresas la investigación aplicada.

Sin embargo, como nuestra Universidad vive en su medio y ayudándolo, si este medio lucha por conocerse, por estudiar sus posibilidades y por planificar su desarrollo, justo es que ponga sus instrumentos al servicio de tales fines, pero sin dejarse llevar por un utilitarismo sin horizontes.

Pero este nuevo encargo no puede cumplirse sin condiciones: no puede cumplirse si no se le proporcionan a la Universidad medios para realizarlo sin desmedro de sus demás funciones; si él compromete, por su magnitud, su propia capacidad y si no viene de autoridad competente y no responde a un fin claro y a un plan de desarrollo y beneficio social.

En algunas partes se pretende que la Universidad haga investigación aplicada, es decir, que haga lo que deberían realizar las industrias; no creemos que ello sea acepta-

ble como principio, aún cuando puede hacerlo como servicio en ciertos y determinados casos, o como medio para señalar a la industria sus ventajas y la conveniencia de que aborde el asunto.

Pero, indudablemente, es en el campo de la promoción y difusión cultural en el que se piden a la Universidad más iniciativas y actividades extramurales, en nuestra América. Se le atribuye la propiedad de la palabra mágica "cultura" y se le pide que la pase a todos y a cada uno, en una cruzada permanente y total; que abarque desde los grupos realmente cultivados hasta los analfabetos; desde la capital letrada hasta el villorrio campesino; desde las ciencias exactas hasta las bellas artes y el folklore o las artesanías nativas. Que todo lo difunda, lo enseñe, lo cultive, lo muestre, lo propague, activa e infatigablemente, de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, de barrio en barrio.

Pocos Rectores sudamericanos escapan a la permanente demanda de cursos, escuelas, embajadas culturales, etc., de diferentes partes del territorio. Es un bello afán y son ansias nobles de cultura, pero constituyen un compromiso -un deber, para algunos- que la Universidad exigida por tantas tareas, no siempre está en condiciones de cumplir o que, simplemente, no está en su esfera de actividades.

La actividad cultural extra muros de la Universidad es, indudablemente, una de sus tareas. Los universitarios deben salir de su torre y decir al público no universitario que tiene capacidad para escucharlos -o que desee escucharlos- lo que saben, las verdades y los conocimientos que están desentrañando. Tienen la obligación de llevarles, incluso, sus dudas y tratar de satisfacer las suyas, y de ponerse en contacto con su ambiente, con la calle, y entablar en lo posible un diálogo que puede ser útil para ambas partes. Seguramente son utilísimas, por ejemplo, las Escuelas de Temporada o Embajadas Culturales que las universidades chilenas hacen para llevar un poco de Universidad a los centros de importancia que viven alejados de la vida académica. Dudo, en cambio, que sea igualmente aceptable que deban tener teatro, orquesta, ballet, museos de arte y otras actividades de este orden, que salen de la órbita de sus preocupaciones usuales -que son las Letras y las Ciencias- y que, seguramente, estarían mejor en otra institución más adecuada a su idiosincracia.

En razón del medio en que vive, nuestra Universidad Sudamericana debe reconocer una función social más amplia y variada que la de países más desarrollados, más institucionalizados y más organizados. No sucedería así, si nuestra educación estuviera mejor planeada y hubiera colegios y escuelas en cantidad y variedad para satisfacer las necesidades del país. Tampoco, si se hubiesen creado insti-

tuciones de investigación para estudiar los recursos; si hubiera una industria progresista que reconociera el valor de la investigación aplicada. Y tampoco, si en el terreno del arte y de la cultura hubiera organismos que atendieran su cultivo y difusión.

Pero el que existan necesidades insatisfechas o huérfanas de un organismo responsable, no justifica, a nuestro entender, que, porque la Universidad es una institución letrada, de enseñanza, de investigación y de cultura, se le atribuya todo lo que a ellas concierne, so capa de una acción social que cada día va siendo más grande y que amenaza con debilitar la que le es propia, succionando sus medios, distrayendo a sus catedráticos, complicando la maquinaria administrativa y diversificando las preocupaciones de las esferas directivas.

La universidad moderna, cualquiera que sea el estado de desarrollo cultural o económico de la región o país que sirve, repetimos, no puede vivir aislada y dando la espalda a la sociedad y a sus problemas. Debe vivirlos, estudiarlos, y aún, dar las directivas para su solución, si tiene la oportunidad; pero debe mantenerse siempre universalidad; no esforzarse en ser, además, otra cosa. Junto a ella, y en otros niveles, deben existir instituciones de enseñanza, de investigación, de promoción cultural o artística, que completen su misión. Sólo así po-

drá conservar su prestancia y realizar, libre de preocupaciones ajenas, su alta misión de centro y cima de la docencia, la investigación y la cultura, en el sentido más universal.

Creo que hace más por su ambiente una universidad que cumple y perfecciona su tarea genuina y señala a la autoridad política o administrativa los defectos o vacíos educacionales, culturales, artísticos o científicos de su medio, que aquella que, sin haber alcanzado aún su definición, distrae sus esfuerzos en servirlos ella misma, olvidándose que no le corresponden, que no logrará hacerlo bien y que con tentarlo, sólo fomenta la desidia y la irresponsabilidad de los que deben atenderlos.

La función social de la Universidad es enseñar; esto es, no sólo formar profesionales, como ha sido la norma de las universidades latinoamericanas, desgraciadamente, sino formar, básicamente, hombres cultos, hombres idóneos que cultiven el conocimiento en profundidad y en extensión, que comprendan su mundo y sepan entender y atender los problemas y necesidades de su medio. Es investigar y hacer progresar el conocimiento, no sólo en sentido general y abstracto, sino proyectándolo a su propio medio, a la comprensión de los fenómenos sociales, políticos, económicos y de desarrollo

de su comunidad, para que de este conocimiento puedan derivar las soluciones, el progreso y el bienestar. Es conservar los valores culturales de todos los tiempos y difundirlos en la sociedad, a través de sus egresados, a través de sus organismos de difusión cultural, a través de la irradiación que de ella debe manar, naturalmente, hacia el ambiente que la rodea, que la observa, que la admira y que la copia.

La función de la universidad es, esencialmente, servir al país y a la juventud. Al país: formando los profesionales, los investigadores, los tecnólogos que necesita para su desarrollo y conocimiento; investigando sus problemas; aportando cultura, conocimientos, ideas, soluciones. A la juventud, dándole oportunidades para cultivarse, para perfeccionarse, para disciplinarse y para aprender una ciencia o una profesión que le permita servir mejor y contribuir al progreso de su mundo.

## II. LA UNIVERSIDAD, LA EDUCACION Y EL ESTADO.-

Es evidente que las Universidades del mundo entero tienen problemas con el número, la calidad, la preparación y la orientación de los jóvenes que a ellas concurren. Es evidente, también, que ellas no logran satisfacer las necesidades de su país o de su región, en materia de profesionales, técnicos o científicos, y que nuestras universidades sudamericanas solo forman profesionales y no hombres cultos, ~~en sentido amplio y universal~~. Existe, por último, en todas

partes, un divorcio entre la universidad y el resto de la educación.

Algunas universidades parecen no considerar como problema el número de estudiantes, y aceptan a los que lo solicitan. Creen que el procedimiento es más democrático y que, aun cuando el nivel de la enseñanza pudiera sufrir, y la mortalidad académica ser considerable, los que sobreviven son probadamente buenos; en cuanto al resto, deben conformarse porque se les dió una oportunidad, y el año perdido, es el pago de esta oportunidad. Otras universidades limitan su matrícula; seleccionan los alumnos y cierran las puertas al exceso. Sostienen que el número de los que fracasan es considerablemente menor, que se evita un año perdido a muchos que no habrían tenido éxito y que la enseñanza es más eficaz y, por lo tanto, los alumnos resultan mejor preparados. En cuanto a los alumnos que en las primeras tuvieron que abandonar sus estudios o en las segundas no pudieron ingresar, se considera que es problema del estado o de la comunidad, que debe absorberlos o crearles nuevas oportunidades. Es obvio que esto, si bien puede ser una solución para la universidad, <sup>CREA</sup> ~~constituye~~ un gravísimo problema social.

También es problema para las universidades la deficiente preparación que traen los estudiantes desde el ciclo secundario. En ninguna parte se ha logrado un ajuste perfecto entre los diferentes niveles de la enseñanza, especialmente, si estos no están bien delimitados y objetivizados y si la secundaria procura idéntica preparación a quienes irán a estudios cientí-

ficos, a Letras, a carreras técnicas o hacia cualquier otro tipo de actividades. Las maneras como las universidades solucionan estos problemas son: 1) creando cursos pre-universitarios o propedéuticos; y 2) alargando los estudios e incorporando en los currículos los ramos que el alumno conoció deficientemente en las Humanidades.

Ocioso es destacar, que estas soluciones solo son paliativos que tienden a mejorar el conocimiento práctico de disciplinas básicas para los estudios profesionales, pero no la calidad humana y cultural del alumno. Porque en la deficiente preparación de los estudiantes, especialmente en nuestra América, hay un aspecto que tiene la máxima importancia: me refiero a la inmadurez de nuestros bachilleres, a su falta de hábitos y métodos de estudio, a su actitud pasiva, a su falta de disciplina, de sentido de responsabilidad frente a los estudios, de curiosidad. Estas son virtudes que se inculcan a través de años de formación y cuya falta no es recuperable en un año adicional apresurado. Los alumnos mejor dotados logran recuperarse y salvar los escollos; pero un gran porcentaje no se recuperará jamás y, aun cuando logren paliar sus deficiencias y sobrevivir, siempre seguirán llevando la tara de su mala formación. Esto ayuda a explicar la alta mortalidad académica de nuestros primeros años universitarios y, también, porque nuestros profesionales difícilmente descuellan por su inquietud creadora, por su curiosidad científica o por su actitud sostenidamente progresista.

La mala orientación profesional con que llegan los estudiantes a la universidad se debe, en primer lugar, a la falta de un criterio selectivo-distributivo en las humanidades; si lo hubiera, se evitaría que jóvenes sin capacidad y sin aptitudes lleguen a la universidad; en segundo lugar, a la falta de consejería u orientación estudiantil; en tercer lugar, a la inmadurez del alumno y a la influencia que sobre él ejercen, en la elección de su carrera, su ambiente, sus padres o amigos y los convencionalismos de su medio; por último, a la escasa variedad de oportunidades que le ofrece la enseñanza en general y la universidad en particular.

Si a lo largo de toda la enseñanza fuera encontrando el alumno la posibilidad de orientarse hacia actividades más a su gusto o más de acuerdo con sus aptitudes o capacidad, y la enseñanza de las humanidades fuera poniendo vallas más y más difíciles para aquellos que quieren llegar más arriba, no entrarían a la universidad sino aquellos cuya capacidad se presta intelectual y vocacionalmente a este tipo de estudios.<sup>xx</sup> La universidad no ofrece tampoco diversidad de oportunidades para satisfacer los variados intereses de la juventud. Casi todas, en nuestra América, son escuelas profesionales que cultivan las carreras prácticas tradicionales como: **L**eyes, Medicina, Dentística, Farmacia, etc. El alumno debe seguir éstas, aunque ninguna corresponda a su vocación e interés. Un joven que desee ser químico debe hacerse farmacéutico; el que desee ser biólogo debe hacerse médico; el que desee ser sociólogo,

estudiar Derecho; el que desee estudiar un idioma, pedagogo, etc.; de la misma manera, es imposible que pueda orientarse hacia campos como la física, las matemáticas, la antropología, la geología, la historia, ~~etc.~~. En íntima relación con este punto y con el anterior, está lo relativo a la formación cultural del estudiante. En este aspecto se vive de palabras y de falsas premisas. Se supone que el alumno ha adquirido en el liceo su formación cultural, lo que es absolutamente falso. Pero al mismo tiempo, se dice que los estudios universitarios - la universidad - dan cultura, lo que también es falso. Nuestras universidades, hemos dicho, son escuelas profesionales y en sus programas no hay lugar para las disciplinas culturales; pero tampoco lo hay en la vida del estudiante ~~universitario~~ que, por lo general, no tiene tiempo libre para leer otra cosa <sup>que</sup> sus ramos, para asistir a conferencias, pertenecer a ateneos o sociedades artísticas o literarias, para asistir a conciertos, para meditar, para discutir.... Pero hay más, aun en las escuelas en que los ramos que llamaríamos culturales forman parte del currículo - como es el caso de Pedagogía, por ejemplo - ellos se presentan con sentido práctico-profesional-informativo y no con sentido especulativo, formativo.

Con excepción de este último, ninguno de los aspectos que hemos analizado es genuino o privativo de la universidad: tienen su origen fuera de ella, aún cuando ella tiene que sufrirlos. Mientras no adquirieron gran volumen o importancia, pudieron ser paliados con mayor o menor éxito; hoy día éste está compro-

metido por la magnitud y la suma de los problemas. Se impone, en consecuencia, una revisión de todo el sistema educativo en su calidad, en su cantidad y en su diversidad, y es obvio que la única autoridad que puede hacer esa revisión y determinar una planificación y un reajuste, es el Estado.

Hasta hoy las Universidades se han considerado y han vivido un poco aparte del resto de la educación. En casi todos los países sudamericanos la Universidad es anterior a la organización educacional. Por razones históricas, entonces, y tradicionales, ella ha estado no sólo en otro plano, sino que en otra esfera. Las circunstancias, no obstante, han ido creando una vinculación de hecho, ya que no de derecho, entre la enseñanza secundaria y la universidad. Pero las críticas que siempre ha formulado la Universidad a la educación secundaria no han llegado hasta ésta, y los efectos y desajustes han subsistido pese a su evidencia y a sus efectos negativos. Por las mismas razones, la educación ha ido siempre a la zaga de las necesidades, sin visión panorámica que le permita anticiparse a ellas.

Para quién analice las necesidades del mundo contemporáneo, resulta claro que este sistema desorganizado y anárquico no satisface las necesidades actuales. Baste sólo recordar algunos hechos indiscutibles: En un mundo tecnificado, la sola instrucción elemental no capacita al individuo para ser útil y ganarse su vida; el que só-

lo sabe leer y escribir vale tan poco como el analfabeto, es moneda devaluada que no tiene cotización en el mercado del trabajo.

La educación debe ser un problema continuo, que el individuo pueda terminar en el nivel que sus circunstancias le indiquen; debe también ser variado, para que el individuo pueda encauzarse hacia donde más convenga a sus posibilidades y tendencias.

Existe una relación directa entre la instrucción y la educación de los ciudadanos y el desarrollo y progreso del país.

Razones bien comprensibles exigen que en el proceso educativo no se dupliquen esfuerzos ni se pierda tiempo. Si bien no es aconsejable apresurar la preparación de los jóvenes más allá de lo prudente, tampoco lo es prolongar los años de estudio y, por lo tanto, demorar los de productividad, más allá de lo necesario.

Todas estas razones justifican el planeamiento y el concierto y exigen la cooperación de todos los organismos educacionales del país, tanto para la formulación de tales planes, como para su realización.

La Universidad, por su parte, también debe comprender que las nuevas necesidades no caben en los viejos moldes. Una Universidad hecha para formar abogados, médicos, o farmacéuticos, tendrá que sufrir grandes cambios si quiere

formar básicamente hombres cultos y, además, físicos, biólogos, matemáticos, sociólogos, geólogos, antropólogos, o Ingenieros de diferentes especialidades, orientados, sea con sentido práctico-profesional, o hacia los campos de la ciencia pura y la investigación.

No hay Estado moderno que no formule planes de desarrollo y que no ponga metas para su propio progreso. Ello exige recursos económicos y materiales, y también hombres capaces de conducirlos y de obtener de ellos el mayor rendimiento. Estos hombres capaces sólo los puede proporcionar la educación. Por esa razón no se concibe un plan de desarrollo sin su contrapartida educativa, así como no se podría concebir un plan educativo nacional si no se conocen o presumen con verosimilitud y objetividad las necesidades de profesionales, técnicos y científicos del país a 10, 15 o 20 años plazo y si el Estado no procura para los individuos, gracias al desarrollo, un mercado de trabajo de acuerdo con su preparación.

Estos planteamientos que habrían sido incomprensibles hace 30 o 40 años atrás, son hoy indiscutibles y universalmente aceptados. No se trata ni de la estatización de la enseñanza, ni de la pérdida de su libertad; se trata, simplemente, de un nuevo concepto social de la enseñanza.

Mientras las demandas educacionales no eran tan intensas como hoy y la educación no era un imperativo para el avance, no sólo del individuo, sino de los pueblos, podía el Estado considerar que cumplía sus deberes proporcionando educación elemental para todos los niños, educación secundaria para aquéllos que lo desearan y creando algún establecimiento de educación superior o ayudando a los privados mediante subsidios.

La responsabilidad del Estado frente a la educación, podríamos decir, iba disminuyendo a medida que ésta subía de grado; era casi total en la enseñanza primaria y se hacía indirecta y lejana en los niveles universitarios. La educación superior era un lujo de resorte individual.

Hoy las cosas han cambiado; la demanda de educación se ha multiplicado y sigue creciendo; el interés para que el pueblo se eduque y para que el mayor número de individuos llegue a la educación superior y se capacite técnica y científicamente, radica tanto o más en el Estado que en ellos mismos; en el Estado, porque no hay progreso social o económico sin capacitación del pueblo para realizar este progreso; en los individuos, porque la competencia y la tecnificación de la vida y de la industria exigen aprendizaje, entrenamiento y cultura para comprender los procesos y las máquinas y hacerlos producir, y para llenar los ocios que la máquina depara.

La educación hoy no es un lujo sino una necesidad, y el Estado debe ponerla -con la ayuda de la comunidad o de los individuos- al alcance de todos. Por eso, su apresuramiento, en todas partes, para crear las instituciones educacionales que faltan o para ayudar la expansión de las que existen; para ayudar a todos los individuos a alcanzar una educación completa y a los más capaces para lograr la superior, y para hacer de la educación un proceso orgánico, perfectamente coordinado y planeado en sus metas y proyecciones y en estrecho acuerdo con las económicas y de desarrollo social que el propio estado debe plantearse.

Es el desafío del actual progreso. Desafío que deben sentir y responder en conjunto, gobernantes, educadores, legisladores y políticos, que deben estar conscientes no sólo de las ventajas sociales de la educación, sino de la tremenda marea juvenil que inunda la educación y que deberá ser encarada, atendida y encauzada para que no se transforme en inundación destructora.

Muchos ven con alarma estas tendencias, porque suponen que ellas significan la pérdida de la autonomía universitaria y de la libertad de enseñanza. La autonomía universitaria no puede ser un obstáculo para que la Universidad responda al imperativo que la obliga a cooperar a la solución de tan importantes problemas. No es este el

dilema: la autonomía universitaria no es el derecho a vivir de espaldas a la realidad de su ambiente; la autonomía sólo se justifica como un fuero de las universidades frente a las presiones demagógicas o políticas, pero no como una razón para que ellas se desentiendan de sus deberes sociales. El privilegio de la autonomía debe ser merecido por el buen uso que de él se haga, adaptándose a las necesidades y cambios de la sociedad.

En cuanto a la libertad de enseñanza, tampoco está, felizmente, amenazada por la planificación y la coordinación. Por el contrario, ellas son su salvaguarda porque no restringen ni se oponen a la variedad de oportunidades, a la flexibilidad de los métodos y a la iniciativa para crear nuevas experiencias y oportunidades en favor de la juventud.

### III - DOS PREGUNTAS A MODO DE CONCLUSION.

Pero los comentarios anteriores quedarían incompletos si no abordara, para terminar, dos aspectos que parecen como el telón de fondo de la problemática educacional de nuestra América.

¿Qué es y qué logra ser la Universidad en un medio semi analfabeto? ¿Cuál es o debe ser el "motivo docente" de nuestras universidades?

Una Universidad, vive precariamente, en un mundo semi analfabeto; probablemente no sobrepasará la etapa de

escuela profesional; no podrá cultivar las ciencias ni crear un medio culto y estimulante. Como centro educacional será el privilegio de unos pocos que por condiciones ajenas a su capacidad intelectual o a su interés, pueden llegar a ella; será un camino para trepar, para ganar posiciones sociales o influencias políticas; será un factor, no de democratización social, sino de segregación social, porque ahondará las diferencias entre los que pueden y los que no pueden darse el lujo de estudiar; entre los que aprendieron y los que tuvieron que conformarse con una educación incompleta y mediocre; entre los poderosos semi cultos y los positivamente incultos. Y así, insensiblemente, por el camino de las mejores intenciones, la Universidad que es como un oasis en un desierto educacional, ahonda los males sociales en vez de combatirlos; en vez de ser un factor de democracia, es un factor de antidemocracia.

Por eso es que los universitarios conscientes de los males de nuestro medio, tienen que mirar con preocupación todo lo que tienda a aumentar la distancia entre la Universidad y el resto de la educación del país; sea porque ésta quede rezagada, sea porque aquélla recibe relativamente más medios.

La estabilidad de un país y la perfección de su democracia guardan relación estrecha con sus desigualdades educacionales. El equilibrio será precario cuando el 85% o más de la población no ha superado los últimos grados de la enseñanza elemental o es analfabeta, y a mucha distancia, en el otro extremo, sólo una fracción de un 1% logra un título profesional, escudo de nobleza que le permite ingresar al escaso círculo de los dirigentes.

En educación sucede como en economía; el bienestar y el progreso se miden, no por los que ganan más, sino por la diferencia entre los que ganan mucho y los que ganan poco, y por el número de los que ganan menos. En materia educacional estamos en muchas partes del mundo en el más acabado subdesarrollo. Nunca se podrá exagerar el grado de influencia que nuestra subeducación ha tenido sobre nuestro subdesarrollo.

Hace 50 años, la existencia de una Universidad en un país era un asunto de prestigio. Aunque los profesionales que en ella se formaban resultaban malos o caros, "había" que tener Universidad.

La Universidad se justificaba por el solo hecho de su existencia, no porque respondiera a la satisfacción de una real necesidad social. Produjeron más y más profesionales de aquellos que deseaba su clien-

tela; pero no se preocuparon ni se preocupan todavía de producir los hombres que necesita el país. Nuestras Universidades, así, crecieron pero no evolucionaron.

No han sabido encontrar su motivación docente y social, reconocer sus deberes y sus responsabilidades. Parapetadas en su autonomía, temerosas de intromisiones que no han logrado siempre evitar, han dado la espalda a un imperativo que era su legítima razón de ser, y en vez de ir a la avanzada han quedado a la zaga; incapaces de acomodarse a las nuevas necesidades, así como no tuvieron visión para suponerlas.

Ensimismadas en una tradición que hizo su época y engañadas por pseudo-peculiaridades o por modalidades propias sudamericanas inexistentes en el terreno educacional, nuestras Universidades, así como toda nuestra educación, han visto en las extranjeras sólo ciertas exterioridades, no la esencia ni las intenciones. Enfrentadas a una realidad con caracteres propios, no indagaron el problema educacional o social, no sintieron su deber rector en sus aspectos trascendentes y han vivido orgullosamente segregadas del resto de la educación realizando una labor "social" superficial, paliativa, sintomática.

Necesario es dar cultura al pueblo, indudablemente, pero antes es necesario educarlo para que aprecie la cultura, y antes aún, enseñarlo para que goce, como ciudadano consciente, de las oportunidades y medios que la vida le ofrece para ser mejor, para producir bienestar y para ser útil a su comunidad.

Aquello de que " la Universidad debe llegar al pueblo", que se oye tan a menudo, cuando se discurre sobre la labor social de la Universidad, suena, si se mira en la perspectiva de nuestra realidad, como un sarcasmo. Es el "panem et circensis" de los romanos, pero sin el panem. Lo inverso sería más fecundo y útil socialmente: "que el pueblo llegue a la Universidad" por el camino de la educación".

Y que la Universidad no pierda su prestancia; e integrada, secundada, complementada con los demás organismos educacionales, artísticos, culturales y científicos que deben existir en la sociedad moderna, reivindique su derecho a que se la deje cumplir sus obligaciones ineludibles: conocer la sociedad y servirla en sus necesidades presente y futuras, preparando a los hombres cultos, a los investigadores, a los científicos y a los profesionales que necesita y necesitará. Pero para ello es necesario que el Estado, los gobernantes, los legisladores, los políticos, tengan plena consciencia de la importancia tremenda que la educación tiene en el mundo moderno, y que se preocupen de organizarla, de coordinarla, de planificarla, de señalarle metas y de ayudarla para que pueda alcanzarlas.

Toda la ayuda que el Estado proporcione a la Educación, se la proporciona a sí mismo. La sociedad moderna exige

educación, instrucción, preparación... Sólo sus luces,  
las luces de la educación pueden iluminar el camino  
del progreso.-